

L

# LA IDENTIDAD CULTURAL CARTAGENERA PENSADA DESDE EL USO DEL ESPACIO

*Duban Álvarez Cabrales*

La pregunta por la identidad cultural cartagenera ha suscitado múltiples respuestas, pero ninguna tan común como aquella que reduce el asunto a una cuestión de procedencia. Esta posición sostiene que la categoría de identidad cultural cartagenera se reduce solo a aquellas personas y prácticas, cuyo origen se encuentre en la ciudad misma; constituyendo así una perspectiva en la cual se argumenta que todo lo proveniente de Cartagena es cartagenero. Dicha hipótesis presupone la existencia de un sistema de creencias, imaginarios y prácticas, que en conjunto construyen la identidad cartagenera a la vez que niega o excluye lo ajeno, lo que se supone que procede de otros lugares.

Sin embargo, esta presuposición olvida el aspecto multicultural de esta ciudad, en la cual convergen diferentes patrones culturales desde hace más de 500 años, la lista podría ser construida a partir del contacto entre aborígenes, españoles, africanos, y más tarde, de árabes, uno que otra familia italiana y por supuesto la constante movilización a la ciudad de personas procedentes de todas las regiones del país. Esto hace que no sea fácil clasificar a sus habitantes a partir de una categoría de raza. Como si fuera poco, esta ciudad se reconfigura en función de una de las industrias más sólidas, fuentes de una buena cantidad de ingreso para el país: el turismo. De allí que las administraciones locales se interesan por el desarrollo y creación de nuevos espacios que atraigan a más personas, transformándola al gusto de quien viene de afuera y en cierta medida, convirtiéndola en un objeto de deseo o de consumo simbólico para los turistas; de los cuales, cientos, maravillados por el encanto de misma, se han quedado para formar parte de su entramado social.

Estas constantes migraciones hacen más y más compleja la red de conexiones culturales, que convierte estas tierras en un epicentro donde desembocan incontables imaginarios y creencias. Esto imposibilita cualquier estudio de la identidad local desde el supuesto de la homogeneidad. Jesús Martín Barbero (2002), en su trabajo *La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana*, expresa que la identidad no puede seguir siendo pensada como ex-

presión de una sola cultura homogénea perfectamente distinguible y coherente, y más aun cuando se contempla la situación el panorama de la globalización y la revaloración de lo local. A ello hay que sumarle los procesos de hibridación que han sufrido prácticas como las fiestas populares, la jerga, la música, la gastronomía, entre otras.

En la ciudad se dan cientos de imaginarios y creencias, que como hebras coligan para configurar un nudo al que llamamos identidad. Sin embargo son tantos los nudos creados de estas hebras que la ciudad se convierte en una madeja intrincada con nudos casi infinitos, los cuales se modifican constantemente, dificultando el estudio y la interpretación de la misma. Por esta razón, es que resulta imposible partir del inicio de la madeja para desenredar todos los nudos. El proceso tomaría en sí una eternidad y habrá momentos en los cuales la línea de consecución se perderá en el monstruoso entramado. En el peor de los casos el nudo es separado de la madeja con el propósito de hacer más fácil su comprensión, pero al hacerlo se desprende abruptamente de su horizonte de sentido o marco referencial, dando como resultado una idea vaga, carente de un juicio aparente y esto se debe a que se le priva de lo que Stuart Hall llama *afuera constitutivo* (2012: 18).

Para Hall, las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, es por ello que las considera consecuencias de ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas, mediante estrategias enunciativas particulares. Esta relación con el otro, con lo que no se es, con lo que hace falta o con los elementos diferenciadores, es la que hace de las identidades lo que son. Resulta de esta manera complicado hablar de identidades en singular, pues estas son tan variantes y variadas (tanto que aquellas que son imaginadas como estáticas y ancestrales continúan siendo objeto de diferentes transformaciones), que inclusive un individuo es poseedor de múltiples de ellas; “identidades de un sujeto nacionalizado, de un sujeto sexuado, de un sujeto ‘engenerado’ (por lo de género), de un sujeto ‘engeneracionado’ (por lo de generación), entre otros haces de relaciones” (Restrepo, 2012: 134). Por esta razón el estudio de las identidades ha de hacerse inmerso en las articulaciones, contradicciones, tensiones y antagonismos presentes en ellas. Continuando con la metáfora de la madeja, sería trabajar el nudo con relación a los otros, no tanto preocupado por su origen, sino por como armoniza con los demás y como adquieren y dotan de sentido a la madeja misma.

Por otro lado, este proceso de diferenciación u otredad que se da entre las identidades, también ha permitido la construcción de discursos de desigualdad y dominación. Desde siempre, la dominación del otro mediante las distinciones

de clase, género, lugar, raza, etnia, cultura, etc. ha segmentado las sociedades en esferas de diferente naturaleza, con el propósito de justificar la desigualdad a la hora de distribuir los recursos y riquezas producidas por una formación social específica.

Así surge la diferencia entre las identidades estigmatizadas y hegemónicas y las identidades arquetípicas y proscritas. Las identidades hegemónicas son aquellas que se sitúan en la cúspide de la jerarquía social y son quienes intentan controlar las transformaciones en el aparato social, mediante la asignación de las demás identidades.

Cuando el español llegó a América trayendo consigo a los negros esclavos, estructuró la sociedad colonial colocándose a sí mismo en la cima de esta, mediante la satanización y aculturación de las creencias e imaginarios de las culturas ya presentes y de las que trajo consigo. De esta manera ratificaba su dominio a través de la marginación de las otras razas, quienes se resignaron a ser reconocidos de tal manera, hasta que en el último siglo lucharon por la re-significación de su identidad.

Inmersas en esta discusión se levantan las identidades arquetípicas y proscritas como evidencia de estos procesos de jerarquización y estigmatización. Las identidades arquetípicas son aquellas, producto de los procesos de naturalización del otro y nacen de la pretensión de los imaginarios hegemónicos de establecer como debe ser o como debe comportarse una cultura; es una identidad asignada en aras de su manipulación y en el mayor de los casos, de su explotación.

A su vez, las identidades proscritas también son producto de una asignación, pero con la intencionalidad de recalcar o señalar anormalidades sociales que crean un imaginario negativo del otro. En la mayoría de los casos, son meros estereotipos que estigmatizan o marginan a una colectividad que comparten un conjunto de prácticas o imaginarios, catalogados desde lo hegemónico como criminal, amoral o estéticamente incorrecto. Como ejemplo de identidad proscrita, tenemos en la ciudad de Cartagena a los llamados "*Champetudes*" o también conocidos como "*Champeteros*":

Este apelativo fue puesto por la élite económica en un intento de menospreciar a esta cultura sobreviviente. Este nombre, ambiguamente aceptado y transformado, se originó por la relación de la mencionada población con la machetilla "*champeta*", y se le asociaba a elementos de vulgaridad, pobreza y negritud. De esta forma es una

cultura con un pasado históricamente marcada por la esclavitud y el maltrato, enfocada en los barrios más antiguos ubicados en la Isla Caimán, actualmente llamada Olaya y el barrio Pozón (Ortega, 2012).

En los últimos, esta expresión cultural se hace más visible, ya no solo en el contexto local sino también en el nacional. Tal vez su gran acogida y arraigo se deba la apropiación de diversos aspectos artísticos diferenciales al género musical mismo, como son los manifiestos en el cine, la literatura y en las artes plásticas y por el desarrollo de una serie de bailes complejos con bases rítmicas que se colocan a todo volumen en grandes altavoces, llamados por su población *picós* (del extranjerismo *pick up*). Esta partica musical se le suele asociar con los principales actores de violencia urbana; sitios que propiciaban el consumo de drogas, la promiscuidad y las pandillas. Transformando así a la cultura champetuda en un modelo antisocial, opuesto a lo que el cartagenero, desde una visión hegemónica, debía llegar a ser.

Sin embargo, las identidades son sitios de lucha donde una colectividad estigmatizada por un proceso de empoderamiento y confrontación de los imaginarios dominantes y hegemónicos, puede llegar a ser objeto de re-significación positiva y la champeta libra hoy en día dicha batalla, a través de movimientos culturales que buscan situarla como “un diálogo cultural que expresa, para el caso de Cartagena, el mundo de la vida de la ciudad no amurallada, la ciudad que se reinventa cada día desde la marginalidad, desde la memoria y desde la cultura popular” (Araújo, 2004: 11). Fenómeno que pone en evidencia, como una comunidad se agrupa para revalorar una identidad respecto a otra, llegando incluso a coligarse, si la situación lo amerita, para hacer frente a otra identidad amenazante.

Este punto nos da una luz, desde la cual empezar a pensar la Cartageneidad. Está visto que dicha búsqueda, no estará encaminada a una singularización de la identidad cartagenera, sino a explorar en que situaciones los diferentes nudos de la madeja (aquellos que agrupan la mayor cantidad de hebras y que constituyen los núcleos duros de identidad) convergen para garantizar su *status quo*. Qué mejor punto de partida, siguiendo, los consejos de Grossberg en el análisis de las identidades, que el espacio.

Edward Hall (1972), arguye que el sentido del espacio es en el hombre una síntesis de la entrada de datos sensoriales de muchos tipos: visual, auditivo, cenestésico, olfativo y térmico. No solamente es cada uno de éstos un complejo sistema, sino que además cada uno de ellos es modelado y configurado por la

cultura. De allí que las personas criadas en culturas diferentes vivan en mundos sensorios diferentes.

Paralelo a esto, también vemos como el espacio incide en la formación de la cultura, modificando aspectos como imaginarios o creencias en pro de la adaptación. Para el psicoanálisis, uno de las razones por la cual surge la cultura es para servir al hombre como una herramienta que permita sobrevivir a la naturaleza y es en este proceso que surge la ciudad, con sus respectivos imaginarios y prácticas. Estos últimos, aunque muy parecidos entre una ciudad y otra, son diferentes en tanto fueron creados para el uso exclusivo de su ciudad de origen, de allí el fracaso de muchos proyectos que buscan repetir una fórmula creada para una ciudad, en otra que no cuenta con las mismas características. Sin embargo, esto no quiere decir que otra ciudad no pueda reproducir un mismo imaginario, sino que para que funcione debe acoplarse a las características de la ciudad destino.

De esta manera es como los elementos identitarios de un individuo se forman mediante la interacción entre él y la ciudad en la que habita. Un proceso parecido a la construcción del yo en la concepción freudiana, donde el sujeto crea el yo a partir del contacto con el mundo externo y puesto que cada quien tiene una interacción diferente con el mundo, cada quien forma una identidad diferente. De igual forma ocurre con el ciudadano, la ciudad está formada por múltiples espacios, muchos de los cuales no son alcanzados por todos y es por ello que cada individuo crea una visión diferente de la ciudad. Por ejemplo: el vendedor de fruta que trabaja en el mercado y debe desplazarse en transporte público desde su casa en el barrio Olaya, posee una visión muy diferente al empresario que trabaja en el centro y se desplaza en su vehículo desde su apartamento en Bocagrande. Cada uno de ellos configura su mundo de manera diferente, en tanto sus prácticas se amoldan al espacio donde habitan. El vendedor debe preocuparse por levantarse temprano, para conseguir una silla en el bus, que de seguro se llenara en hora pico dada la gran afluencia de personas. Mientras el empresario de Bocagrande, deberá preocuparse por tanquear su vehículo y respetar normativos como el pico y placa, etc. prácticas en las cuales el vendedor de Olaya no está entrenado.

Empero, si el individuo crea sus identidades a partir de su movimiento en el espacio y este es tan amplio, que configura múltiples y diferentes elementos identitarios ¿Cómo es posible hablar de una identidad a partir del uso del espacio, si en el tampoco puede haber una homogeneidad? Como ya se ha mencionado anteriormente, es imposible pensar hoy en día en una identidad homogénea. Pero es posible pensar la identidad en tanto establece actos de distinción, es de-

cir, las identidades no se estudian solamente como un fenómeno en sí mismas, sino como un fenómeno en oposición a otras identidades culturales. En esta corriente<sup>1</sup> se considera que la identidad cultural se define por oposición a otras (Restrepo, 2012). Un grupo se define a sí mismo como tal, al notar y acentuar las diferencias con otros grupos y culturas. Según esta línea de pensamiento, cualquier cultura se define a sí misma en relación, o más precisamente en oposición a otras culturas. Así, la gente que cree pertenecer a la misma cultura, tiene esta idea porque se basan parcialmente en un conjunto de normas comunes, pero la apreciación de tales códigos comunes es posible solamente mediante la confrontación con su ausencia u otras culturas.

En una ciudad como Cartagena de indias, donde convergen tantos elementos parecería imposible la tarea de realizar distinciones entre tantas identidades culturales, sin embargo es posible revisar la tensión entre dos grandes esferas. El origen de la ciudad de Cartagena está marcado por un pasado de glorias y luchas por proteger intereses de todo tipo (económico, social y cultural), las murallas nacen de dicha necesidad y con ellas se encerró todo un mundo de imaginarios y creencias y constituirán una parte de la identidad arquetípica de la ciudad.

A diferencia de otras ciudades, Cartagena no tuvo un desarrollo urbanístico organizado, cuando el centro de la ciudad no pudo albergar más habitantes, empezó a crecer fuera del cinturón de piedras. Dicho crecimiento se dio de forma caótica y anárquica (con excepción de algunas urbanizaciones). Construyendo una ciudad que se expandió a partir de la llegada de nuevos individuos, en su mayoría campesinos en busca de mejores condiciones de vida y migrantes de otras ciudades, que huían de la violencia, la pobreza u otros fenómenos, de allí que se diga de la ciudad que aún conserva espíritu de pueblo, puesto que la gran mayoría de sus habitantes provienen de provincias y los nacidos en ella son híbridos que conservan costumbres y creencias de otros lugares.

Cuando el centro histórico, la “Ciudad Amurallada”, fue declarado Patrimonio Nacional de Colombia en 1959, y declarada Patrimonio Histórico y Cultural de la Humanidad por la UNESCO en 1984, se acentuó aun más la fragmentación de las dos esferas, que nos servirán para revisar la distinción del uso del espacio.

Hasta entonces lo popular y lo hegemónico, habían compartido el mismo es-

<sup>1</sup> RESTREPO, Eduardo. Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio. En: selección de Jorge Nieves Oviedo. Cartagena D. T y C. 2012.

pacio de acción, pero con las nuevas políticas de conservación y de desarrollo turístico, la línea de demarcación entre ambos se ancho aun mas, separando casi que por completo las dos esferas. Lo hegemónico se apodero del centro de la ciudad y se desplegaron en comunidades cerca al mar como Manga, Boca-grande y Crespo, donde construyeron un modelo de ciudad moderna, la cual cumple con las condiciones de lo que Saida Palou Rubio (2012) llama “*ciudad fingida*” y en donde la calidad de vida se volvió casi inalcanzable para algunos locales, quienes al no poder amoldarse a las nuevas prácticas e imaginarios que regían el espacio, se resguardaron en la ciudad que empezaba a crecer a las afuera de la esfera hegemónica y que ampararía lo popular, conservando además un legado de imaginarios, cultos y creencias. De esta forma es como la ciudad se divide en dos esferas, lo hegemónico y la popular, las cuales definen sus criterios identitarios a partir del uso que hace cada uno del espacio.

Edward Hall, en su obra *La dimensión oculta* (1972), señala que hay una serie de distancias uniformes que regulan el espacio entre uno y otro, siendo estas cuatro zonas de distancias: la íntima, la personal, la social y la pública (1972: 141). Esta posición teórica nos posibilita proponer, para el tema aquí estudiado, cuatro categorías, las cuales me permitan, mediante su descripción, distinguir los elementos identitarios que posee cada esfera en relación con el uso del espacio.

La primera categoría es el espacio corpóreo y hace referencia al cuerpo y al uso que hacemos de él. Cada cultura teje alrededor del cuerpo, toda una serie de imaginarios ligados a los procesos de socialización, la forma en que cada cultura regula el uso del cuerpo, constituye un punto de divergencia con otras sociedades y creencias. En la ciudad de Cartagena el cuerpo no se encuentra sometido a una normativa rígida, como en otras culturas (la japonesa, por ejemplo), que prohíba en demasía su uso. El cartagenero promedio no se restringe a la hora de conectarse físicamente con los otros, el cuerpo es asequible a todo aquel digno de confianza, sin negarse a ninguna expresión corporal como un apretón de manos, un beso, un abrazo, etc. En esta ciudad, es común de recibir de alguien a quien acabas de conocer este tipo de muestras afectivas, lo cual estrecha más las relaciones entre los individuos.

En el baile por ejemplo, también se evidencia este imaginario del cuerpo como territorio compartido. Expresiones musicales como la ya mencionada champeta, la salsa y el vallenato, se bailan en esta ciudad rayando en la sensualidad y el erotismo, demostrando que no hay muchos tabúes respecto al cuerpo. Sin embargo, ello no implica que no se conserve el pudor por ciertas partes, como la zona pélvica, los labios y el pecho en el caso de las mujeres, espacios reserva-

dos para la intimidad.

En cuanto a la vestimenta, el clima de la ciudad ha condicionado a sus habitantes al uso de prendas ligeras y cómodas. El uso de telas gruesas, abrigos y chaquetas es considerado una práctica extravagante y por ello se ve con algo de burla a los visitantes que usan trajes o medias sobre chancletas, en días donde el calor supera los 30° centígrados. La esfera hegemónica de la ciudad ha institucionalizado el uso de la guayabera como prenda local, elemento integrado a la identidad arquetípica de Cartagena, que no guarda ninguno de sus presuntos orígenes con esta ciudad. Por su lado, la esfera popular solo ha adoptado el uso de la guayabera a celebraciones como bodas, bautizos, etc. en el común prefieren el uso de prendas como camisetas, camisas, jeans y bermudas.

La segunda categoría es el espacio familiar. En la cultura cartagenera la familia es un elemento trascendental o por ello es tan importante garantizar su satisfacción. En la esfera hegemónica, el espacio de la casa está dividido equitativamente entre los miembros del núcleo familiar básico, compuesto por madre, padre e hijos. A diferencia de la esfera popular, donde el núcleo familiar supera los miembros básicos e integra abuelos, tíos, primos, etc. Por ello, no hay en esta esfera una repartición del espacio como tal, pero si un uso del espacio comunitario en donde todos deben respetar las normativas y procurar su conservación, es el caso del baño, las habitaciones compartidas, etc.

Pero también encontramos entre ambas un elemento común y característico: la hospitalidad. Esta no es de faltar en la cultura cartagenera, cualquiera que haya ganado la confianza de la familia es bien recibido en el hogar procurándole siempre su comodidad. El cartagenero se caracteriza por ser un buen anfitrión y se siente feliz cuando esta cualidad es reconocida en él, por ello aprovecha cada oportunidad que tiene para demostrarlo. Sin embargo, a pesar que las puertas de la casa hayan sido abiertas al invitado, hay partes en ella que se protegen bajo estrictas normativas.

El anfitrión crea al visitante una ruta por la cual transitar con su respectivo código de conducta, cualquier violación a este representa una violación a la confianza brindada y puede comprometer la relación entre ambos. La alcoba matrimonial, por ejemplo, es uno de esos espacios dentro de la casa donde por lo general se restringe el acceso al visitante y en algunos casos a los mismos miembros de la familia. Por otro lado, la nevera, es uno de esos espacios comunitarios en donde todos pueden hacer uso de él, pero que se encuentra regulado para garantizar la convivencia entre los miembros del hogar.



A su vez, el comedor es uno de los espacios más interesantes de la casa, su uso se vio afectado en todas las esferas y quedó en muchos casos condicionado a un elemento decorativo, un espacio ocupado por una mesa y sillas que tienen como objetivo llenar cierto vacío. Hoy por hoy, la ritualidad de la mesa fue renegada a las tecnologías y se hace cada vez más común ver a la familia integrada alrededor de aparatos como el televisor o el computador. Contrario a hace dos décadas, donde el comedor representaba en la cultura cartagenera un elemento importante para la integración de la familia. Alrededor de ella se reunían todos los miembros para compartir no solo los alimentos, sino también un espacio en donde se comunicaban las experiencias adquiridas a lo largo del día. En la actualidad, este sentido del uso comedor renace al calor de eventos familiares, sociales y prácticas gastronómicas como la navidad, semana santa y la cena de fin de año.

La tercera categoría es el espacio social, entendiendo por social a aquellos espacios donde ocurre la interacción con los individuos ajenos a la familia. En esta categoría el clima juega un papel muy importante en la construcción de la ciudad y sus imaginarios, el sofocante calor ha obligado a la familia cartagenera a permanecer con las puertas y ventanas abiertas. A diferencia de las casas antiguas del centro o los modernos apartamentos de Bocagrande, las casas de las esferas populares, en su mayoría, no cuentan con un sistema de ventilación eficiente. Razón por la cual, las puertas del frente, patios y ventanas, en su mayoría, permanecen abiertas, compartiendo no solo la terraza y la sala, sino también un fragmento de la intimidad de la familia, afianzando su relación con los vecinos.

De manera opuesta, en las casas que poseen sistemas de ventilación interno, la puerta restringe el acceso a la intimidad, sumiendo la interacción con los otros a espacios como el ascensor, el parqueadero y las zonas verdes. Empero, ambas esferas reconocen el valor de la interacción social. Desde tiempos remotos la humanidad ha aprendido que en la comunidad se está seguro de los peligros que acechan, por ello los individuos de una comunidad coligan para garantizar la seguridad y comodidad de todos.

Espacios como el transporte público, por ejemplo, el cual es usado en su mayoría por la esfera popular, son uno de los mayores puntos de interacción con los otros, es aquí donde el espacio corporal es puesto a prueba. En este no se pretende interactuar con los otros, pero las condiciones obligan al individuo a relacionarse con el chofer, el ayudante y otros pasajeros. A diferencia de otras ciudades, aun no se le niega al otro la posibilidad de comunicarse. Una de las razones por las cuales se dice de Cartagena que aun posee alma de pueblo es

que en ella todavía no se ha perdido la confianza en lo ajeno o extraño, por ello no se reacciona de manera tosca ante la intervención del otro, quizás si con un poco de cautela, pero aun se cree en la bondad del otro y en las buenas intenciones y aunque la elite no haga uso en demasía del transporte público es común encontrar este tipo de reacciones en ellos, en espacios donde se sienten seguros, como una calle del centro, una tienda, el cine, etc.

Por otro lado, hablar de Cartagena de indias y no hablar de sus playas es como hablar de París y no hablar de sus museos. Las playas representan uno de los espacios de esparcimiento con mayor afluencia de la ciudad, en ella la interacción entre las esferas es obligatoria y los individuos se ven a la necesidad de compartir los espacios, las carpas y sombrillas son asequibles a todo el mundo, al igual que la arena y el agua. Empero, aunque el número de visitantes a los balnearios sea alto, los individuos de la ciudad no acuden con frecuencia a ellos. Las playas son para los ciudadanos como ese libro grueso que reposa en los estantes, que le da cierto prestigio a la biblioteca pero que solo se lee ante la presencia de alguien que no lo conozca. No es plan de fin de semana ir seguido al mar, se acude por lo general para enseñárselo a alguien o como ritual de inicio de año, donde cientos de personas se reúnen a recibir y pasar el primer día del año nuevo.

La cuarta categoría es el espacio urbano y representa la categoría más importante de toda la descripción del uso del espacio, porque en ella se recogen los aspectos más importantes que constituyen las identidades cartageneras. El espacio urbano constituye la visión que crea el individuo de la ciudad a partir de cómo es transitada. Aunque ambas esferas configuren de manera diferente la ciudad hay elementos en los que convergen, como hemos ya visto en las anteriores categorías. La cultura cartagenera tiende a hacer un uso libre del espacio, en donde es posible compartirlo junto a sus prácticas e imaginarios con personas completamente ajenas a ellas, pero a la vez guardando con cierto recelo elementos que se consideran muy propios. Germán Moncada Godoy, señala que “el uso cotidiano del espacio por el que se circula hace que las personas se lo apropien al mismo tiempo que el lugar también captura a quienes lo usan, estableciendo una relación en la que se es consumidor y constructor de la carga simbólica que tiene el lugar” (2012: 1). Esta posesión es la que el sujeto cartagenero comparte con todo aquel que desee conocer al ciudad. De la misma forma como comparte su espacio corporal, su hogar, su barrio, etc. Sin embargo, al percatarse de la menor intención de arrebatarse su posesión o parte de ella, se levanta celoso, como ocurrió cuando pretendieron demoler las murallas (Fadul, 2012:), o cuando intentaron vender las playas o cuando hicieron del cerro

san Felipe una tarima<sup>2</sup>. Momentos en los cuales los individuos de la ciudad se unen, dejando de lado sus diferencias para velar por el desarrollo de la ciudad y es cuando el significado de la ciudad cobra sentido y se forja en las múltiples experiencias, no individuales, sino colectivas y de las que en conjunto se crea la gran madeja intrincada que forma la ciudad de Cartagena de indias.

### Referencias bibliográficas

Araújo, María Consuelo (2004). Introducción. En Abril, Carmen & Sot, Mauricio. Entre la champeta y la pared. El futuro económico y cultural de la industria discográfica de Cartagena. Cartagena: Convenio Andrés Bello, Observatorio del Caribe Colombiano.

Barbero, Jesús Martín (2002). “La Globalización En Clave Cultural: Una Mirada Latinoamericana”. En Coloquio Internacional, Montreal. pg. 22-27

Fadul, Claudia (2012). “Fortificaciones de cartagena de indias. Construcciones para la guerra convertidas en espacios para la paz”. En Disponible en Web: [http://www.icomos-ciic.org/CIIC/pamplona/PROYECTOS\\_Claudia\\_Fadul.htm](http://www.icomos-ciic.org/CIIC/pamplona/PROYECTOS_Claudia_Fadul.htm)

Hall, Edward (1972). *La Dimensión Oculta*. México: siglo XXI

Hall, Stuart (2012). “¿Quién necesita identidad?” En Nieves Oviedo, Jorge. Título. Cartagena: Editorial

Moncado, Germán (2012). *Espacio e identidad social*. Disponible en Web: [http://www.enlaceacademico.org/uploads/media/ESPACIO\\_E\\_IDENTIDAD\\_SOCIAL.pdf](http://www.enlaceacademico.org/uploads/media/ESPACIO_E_IDENTIDAD_SOCIAL.pdf)

Palou, Saida (2012). “La Ciudad Fingida. Representaciones Y Memorias De La Barcelona Turística”. En *Pasos. Revista de turismo y patrimonio cultural*. Barcelona

2 Cf. Redacción local, El Universal (14 abril de 2011). “Continúa debate por venta de lote”. En Disponible en Web: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/continua-debate-por-venta-de-lote-19420>; Redacción local, El Universal (10 abril de 2012). “Tarima en el Castillo San Felipe preocupa a los ciudadanos”. [En línea]. Disponible en Web: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/tarima-en-el-castillo-san-felipe-preocupa-los-ciudadanos-71992>

Restrepo, Eduardo (2012). “Intervenciones en teoría cultural”. En Nieves Oviedo, Jorge. Selección título. Cartagena: Editorial

\_\_\_\_\_ (2012). “Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio”. En Nieves Oviedo, Jorge. Título Cartagena: editorial

Redacción local, El Universal (14 abril de 2011). “Continúa debate por venta de lote”. En Disponible en Web: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/continua-debate-por-venta-de-lote-19420>

\_\_\_\_\_ (10 abril de 2012). “Tarima en el Castillo San Felipe preocupa a los ciudadanos”. [En línea]. Disponible en Web: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/tarima-en-el-castillo-san-felipe-preocupa-los-ciudadanos-71992>

Ronald Ortega (2011). Ritmos musicales de la cultura Caribe: La champeta. En [http://cultura-caribe.blogspot.com/2011\\_10\\_01\\_archive.html](http://cultura-caribe.blogspot.com/2011_10_01_archive.html). Consultado el agosto 26 de 2013